

ANTE EL PONTIFICADO DE FRANCISCO

*Comunicación de los académicos Santiago Kovadloff y
Alberto Rodríguez Varela en sesión privada de la Academia
Nacional de Ciencias Morales y Políticas, el 10 de abril de 2013*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar) en el mes de mayo de 2013.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2013 / 2014**

Presidente Académico Ing. MANUEL A. SOLANET
Vicepresidente . . Académico Dr. SANTIAGO KOVADLOFF
Secretario Académico Dr. LEONARDO MC LEAN
Tesorero Académico Dr. ROFOLFO A. DÍAZ
Prosecretario . . . Académico Dr. JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO
Protesorero Académico Dr. ROSENDO FRAGA

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. René BALESTRA	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre
Lic. María Teresa CARBALLO	26-10-11	Roque Sáenz Peña
Dr. Héctor A. MAIRAL	26-10-11	Carlos Pellegrini
Dr. Eduardo Martín QUINTANA.....	26-10-11	Vicente López y Planes
Dra. María Angélica GELLI	12-12-12	Antonio Bermejo
Dr. Adalberto RODRÍGUEZ GIAVARINI.	12-12-12	Adolfo Bioy
Almte. Enrique MOLINA PICO	12-12-12	José de San Martín

ACADÉMICO EMÉRITO

Dr. Carlos María BIDEGAIN

ANTE FRANCISCO

Por el académico DR. SANTIAGO KOVADLOFF

Desde hace tiempo, la Argentina se encuentra inmersa en un acelerado proceso de desactualización. En estos últimos diez años ha venido dando pruebas, desde el Gobierno, de una pérdida agravada del rumbo republicano. No menor es su alejamiento de toda interdependencia con el mundo en que vivimos. Distintas son, y numerosas, las consecuencias de ese empecinamiento en la extemporaneidad. Todas ellas han acentuado, dramáticamente, nuestra situación insular.

De modo que, más allá de un planteo apocalíptico, hay dos maneras de caracterizar lo connotado por la idea del fin del mundo. Una subraya la ya señalada propensión a la conducta aislacionista. La otra concibe el fin del mundo como proveniencia, como referencia de origen; como margen o periferia desde el que se tiende hacia el centro, que busca alcanzar el centro, y sobre el que se trata de atraer la atención del centro. Hoy la periferia, encarnada en la figura de Francisco, toma la palabra, convoca al mundo. Con Francisco, el mundo quiere hablar desde su periferia. Haberlo consagrado Papa también implica disposición a oír a esa periferia,

disposición a recurrir a ella, a hacerle lugar, a desplazarla hacia el centro.

Ahora bien, esa periferia no sólo remite a un límite geográfico. No connota sólo y ante todo latitud planetaria extrema, borde. Implica, principalmente, presencia de los problemas postergados, renegados, marginados. Reacción contra el silencio que envuelve habitualmente a la periferia, voz de lo marginal que se hace oír. Francisco se muestra decidido a devolver la palabra a lo acallado, a lo relegado, a lo excluido. A todo lo que para él connotan los términos “pobre”, “pobreza”, “empobrecido”. De modo que, con Francisco, se subraya otra acepción del fin del mundo. El fin del mundo pasa a significar ahora aquello que llega al centro para hacerse escuchar y aun para replantear la idea de centralidad.

La de Francisco es, entonces, una palabra que viene a proponer una tarea: trasladar al centro, la periferia. La vieja cruz de hierro al lugar de la cruz de oro. Los viejos zapatos al lugar del principesco calzado papal. La humildad del compromiso con la pobreza al núcleo de la práctica sacerdotal. La austera sencillez de la fraternidad con el carenciado a la médula de la vocación religiosa.

Hay más: la Argentina pasa, de esta manera y a través del nuevo Papa, a cumplir un papel inesperado en la reconsideración crítica del porvenir de Occidente. En la promoción de cambios indispensables, tanto en la Iglesia como fuera de ella. Francisco aspira a que nuestra civilización se interrogue sobre su futuro, sobre aquello que oscurece ese futuro, tanto como sobre aquello que podría devolverle consistencia y claridad. ¿Está llamado Occidente a dejar de ser, para siempre, vanguardia espiritual en el mundo? ¿Pueden sus contradicciones actuales provocar una disolución irreparable de su significado cultural? ¿El eficientismo ha devorado en Occidente definitivamente a la ética? ¿Podrán sus valores decisivos y básicos ir más allá de lo financiero, del consumismo desenfrenado, del auge del armamentismo? ¿Hasta qué punto po-

drá la Iglesia independizar su suerte de la que le toca correr al mundo secular? ¿Se recuperará la Iglesia y, con ello, alentará el renacimiento espiritual de nuestra civilización?

Argentina encuentra, desde ya, estímulo y orientación en la voz de Francisco. En el caso de nuestro país, el alcance de esa voz no solo es decodificado en clave pastoral. Lo es también en clave política. Francisco es escuchado por nuestra gente como aquel que, diga lo que diga, le habla siempre al país. Al país necesitado de rectitud; al país disconforme con el curso perverso de la administración pública. Al país que aspira a afianzar la organización republicana como base de todos los cambios indispensables que cabe realizar en pos del desarrollo y la justicia social. Se lo proponga o no, ese es el alcance de la palabra de Francisco en el presente argentino. ¿Cómo olvidar que Francisco es Jorge Bergoglio? Acaso porque, en última instancia, la política es el escenario donde la espiritualidad pone a prueba su consistencia cívica.

Algo más cabe señalar. Francisco es un papa convocado por el colegio cardenalicio para intentar responder a las motivaciones socioculturales profundas implícitas en la renuncia de Benedicto XVI. Las energías del papa saliente estaban mermadas. Ello es indiscutible. Así lo advirtió él mismo, a principios de 2013. ¿Pero solo se trata de su energía personal? ¿Cómo no mostrarnos proclives a pensar que la suya fue también la abdicación practicada por un liderazgo católico europeo superado por los hechos? Un liderazgo que, al admitir tácitamente su desorientación mediante esa renuncia, admite no saber ya cómo proceder frente a los desafíos de la Iglesia y el mundo. Con la renuncia de Benedicto XVI y la elección de Francisco, Europa deja ver su extravío esencial y convoca a América en busca de las respuestas imprescindibles. Por vez primera en dos milenios, Europa cede su trono en el Vaticano. No es una concesión. Es el fruto de una honda autocrítica consumada en la persona de Benedicto XVI. El catolicismo americano tiene ahora la palabra. La tiene porque se ha hecho oír

ya como valedera en el corazón de la Iglesia Católica en tiempos previos a los actuales. Hay confianza, en lo más íntimo de ese corazón, en lo que América pueda aportar, mediante categorías renovadoras, planteos originales y un ahondamiento crítico y autocrítico, a la resolución de los males que vulneran el catolicismo del presente. Se espera de Francisco, el papa americano, la sana complementación entre tradición y vanguardia. Se la espera como algo indispensable. La Iglesia puede contribuir de manera decisiva, mediante los cambios que ella debe afrontar y que promueva, a que sepamos si Occidente tiene aún porvenir o solo tiene pasado.

Dijo el cardenal Carlo María Martini, en días todavía recientes: “Nuestra Iglesia tiene doscientos años de atraso, nuestra cultura envejeció, nuestros conventos están vacíos, nuestro aparato burocrático crece”. Francisco no le sacará el cuerpo a este diagnóstico. Intentará reintroducir el aliento de la vida donde ese aliento languidece. Conoce las causas del mal. Conoce el empeño en la búsqueda del bien. Buscará devolverle actualidad, transparencia y firmeza a la Iglesia. Con ello estará dándole a Occidente la posibilidad de volver a encontrar, en el catolicismo, que es uno de los fundamentos de su civilización, una fuente revitalizada de energía.

Vale la pena, por último, recordar que en el centro de los desvelos de quien hoy es Francisco, palpitan desde hace años los interrogantes en torno a la globalización, la bioética, los desafíos ecológicos, la educación y la justicia social. No menos cabe decir de su inquietud frente al papel de la mujer dentro y fuera de la Iglesia, el problema de las vocaciones religiosas, el debate en torno al matrimonio sacerdotal. Muy suya es, asimismo, la reflexión constante sobre el vínculo apasionante e intenso entre fe y conocimiento, entre ética y política.

En suma: el papa Francisco es, sin duda, un líder inesperado. Tan inesperado como imprescindible en un mundo acosado por la incredulidad.

EL PAPA FRANCISCO

Por el académico DR. ALBERTO RODRÍGUEZ VARELA

I. Introducción

Con motivo de la renuncia de Benedicto XVI y de la elección de Francisco como nuevo sucesor de San Pedro se han publicado, a través de los medios, informes y opiniones que revelan, a veces, un cierto desconocimiento de la naturaleza de la autoridad papal, de su ámbito de competencia y de los límites de su magisterio. Por eso, antes de referirme al nuevo Obispo de Roma, considero oportuno sintetizar brevemente un marco doctrinal que reconoce un *background* de dos mil años, a partir de la prédica del Evangelio, con raíces que se extienden, a través de la Escritura, hasta Abraham, nuestro Padre en la Fe.

El Concilio Vaticano II, en el documento *Gaudium et Spes*, puntualizó que “la misión propia que Cristo confió a la Iglesia no es de orden político o social. El fin que le asignó es de orden religioso. Pero precisamente de esta misma misión religiosa derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina”.

La Iglesia –agrega el mismo Concilio– “no se confunde en modo alguno con la comunidad política ni está ligada a sistema político alguno”.

En síntesis, cuando la Iglesia juzga sobre cuestiones políticas, sociales o económicas, lo hace desde una perspectiva moral.

Por ello, a la Iglesia le preocupa, fundamentalmente, la vigencia efectiva de los principios morales. Mencionaré, a título de ejemplo, algunos de significativa importancia para las disciplinas que cultiva esta Academia:

1. **El orden natural**, vulnerado por los totalitarismos del siglo veinte en todas sus versiones. Baste recordar las tres encíclicas de Pío XI que condenaron el comunismo, el nacionalsocialismo y el fascismo. Esos pronunciamientos no fueron una intromisión de la Iglesia en el ámbito temporal sino el ejercicio de un imprescindible magisterio moral al que no podía ni debía renunciar para ser fiel a su misión.
2. El **principio de subsidiaridad**, que regula el rol del Estado frente a la iniciativa privada de los individuos, los grupos intermedios y las familias. Su inobservancia conduce a extremos como la anarquía o el absolutismo, ambos negadores del orden natural.
3. La libertad religiosa y la libertad de conciencia. Sobre estos tópicos son particularmente importantes el documento “*Dignitatis humanae*” del Concilio Vaticano II y la Exhortación Apostólica postsinodal *Cristifideles Laici* de Juan Pablo II.
4. **El principio de autoridad y sus límites**. Al respecto, Pablo VI, en la Encíclica *Populorum Progressio*, expresó que “del hecho de que la autoridad derive de Dios, no se sigue el que los hombres no tengan la libertad de elegir las personas investidas con la misión de ejercerla, así como de determinar las formas de gobierno y los ámbitos y métodos según los cuales la autoridad se ha de

ejercitar”. Esta interpretación de la Epístola a los Romanos de San Pablo, que afirma el fundamento trascendente del legítimo poder estatal, ha recorrido los dos milenios cristianos, encontrándose ya desarrollada en el período patrístico por San Juan Crisóstomo, quien vivió entre los siglos IV y V. Juan XXIII, en su Encíclica *Pacem in Terris*, invoca la enseñanza de San Juan Crisóstomo para exponer los fundamentos del principio de autoridad. Fue también explicada, entre otros muchos, por Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII y por los neoescolásticos en el siglo XVI. Obviamente es plenamente conciliable con cualquier clase de régimen genuinamente democrático.

5. **El bien común.** León XIII, San Pío X, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, El Concilio Vaticano II, y Juan Pablo II son autores de innumerables encíclicas, discursos y cartas pastorales referidas al bien común. Juan XXIII, fiel a una tradición docente que remonta a Santo Tomás de Aquino y San Agustín, e incluso a autores precristianos como Aristóteles, Polibio, Cicerón y los estoicos, en la Encíclica *Mater et Magistra* enseña que el bien común consiste “en el conjunto de las condiciones sociales que permiten y favorecen en los seres humanos el desarrollo integral de su persona”.

Entre las condiciones señaladas, el magisterio pontificio ha hecho particular referencia a los derechos inherentes a la persona humana y a la observancia de los consecuentes deberes. Pío XI, en la encíclica *Divinis Illius Magistri*, cuando Italia se encontraba sometida al totalitarismo fascista, puntualizó que “el bien común de orden temporal consiste en una paz y seguridad de las cuales las familias y cada uno de los individuos pueda disfrutar en el ejercicio de sus derechos, y al mismo tiempo en la mayor abundancia de bienes espirituales y temporales que sea posible en esta vida mortal mediante la concorde colaboración activa de todos los ciudadanos”.

Como lo destaca Juan XXIII en *Pacem in Terris* al adherir a lo enseñado por Pío XII, “en la época moderna se considera realizado el bien común cuando se han salvado los derechos y los deberes de la persona humana”.

A la luz, pues, de esta breve retrospectiva de cinco puntos que, obviamente, son muy incompletos, resulta evidente que la Iglesia sólo se pronuncia frente a problemas morales cuyo examen se encuentra en el ámbito que considera de su competencia. Por eso se expide ante el materialismo, la pérdida de la visión trascendente del hombre, la “sed de poder absoluto”, el egoísmo, la codicia, el desconocimiento del orden natural, las diversas idolatrías contemporáneas, el terrorismo, el racismo, el desconocimiento de los derechos de la persona humana, las campañas opresivas contra la natalidad, en fin, todo lo que desde una perspectiva moral condiciona o trava el genuino desarrollo humano, entendido no como un simple incremento de bienes sino como crecimiento integral del hombre, creado a imagen y semejanza del Altísimo, con vocación de trascendencia y eternidad.

Las “transformaciones y puestas al día” que Juan Pablo II reclamaba al capitalismo liberal en las Encíclicas *Sollicitudo Rei Socialis*” y *Centesimus Annus*, no importan, en modo alguno, una descalificación de la libertad ejercida con observancia de los principios morales en los ámbitos político, económico y social. Por el contrario, esa libertad, en la perspectiva de Juan Pablo II, constituye un elemento esencial del bien común temporal.

En *Centesimus Annus* precisa el alcance de lo que denomina “autonomía de las realidades terrenas” cuando aclara que la Iglesia no tiene “modelos económicos o políticos”, ni propone una tercera vía política o económica entre el capitalismo y el socialismo. El fin de la Doctrina Social de la Iglesia es la atención del hombre, que es la única creatura que Dios ha querido por sí misma. “No se trata del hombre abstracto, sino del hombre real, concreto e histórico, se trata de cada hombre, porque a cada uno llega el misterio de su redención”.

Juan Pablo II, como sus antecesores desde León XIII hasta Pablo VI, y su sucesor Benedicto XVI, se mostró siempre a través de sus documentos muy cuidadoso en la observancia de los límites de la Doctrina Social de la Iglesia. Todo su magisterio es incompatible con el cesaropapismo, entendido como intromisión de la potestad temporal en lo que es privativo de la Iglesia y de otras confesiones religiosas. Pero también es adverso a cualquier versión papacesarista que configure una invasión del pontificado en el ámbito técnico de la política o de la economía, ajeno, como principio, a la competencia moral y religiosa de la Iglesia. El Papa polaco tuvo muy clara la distinción entre lo que es del César y lo que pertenece a Dios. Estuvo alerta, asimismo, ante las tentaciones que empujan hacia un secularismo horizontal o a una hipertrofia de lo espiritual. La Iglesia –escribió en *Centesimus Annus*– “no posee título alguno para expresar preferencias por una u otra solución institucional o constitucional”. La aportación que ella ofrece en este sentido es precisamente “el concepto de dignidad de la persona, que se manifiesta en toda su plenitud en el misterio del Verbo Encarnado”. Insiste, por eso, en que la Doctrina Social de la Iglesia debe interpretarse como “un capítulo de la teología, especialmente de la teología moral”.

En el acervo de documentos principistas de Juan Pablo II debemos incluir la Encíclica *Veritatis Splendor*, que rechaza el inmanentismo, el relativismo y el materialismo. “La raíz del totalitarismo moderno” –expresa este documento– “hay que verla, por tanto, en la negación de la dignidad trascendente de la persona humana, imagen visible de Dios invisible y, precisamente por esto, sujeto natural de derechos que nadie puede violar: ni el individuo, el grupo, la clase social, la nación o el Estado. No puede hacerlo tampoco la mayoría del cuerpo social, oponiéndose en contra de la minoría, marginándola, oprimiéndola, explotándola o incluso intentando destruirla.”

En el mismo sentido, Juan Pablo II afirma que “en el ámbito político se debe constatar que la veracidad en las relaciones entre gobernantes y gobernados; la transparencia en la administración pública; la imparcialidad en el servicio de la cosa pública; el res-

peto de los derechos de los adversarios políticos; la tutela de los derechos de los acusados contra procesos y condenas sumarias; el uso justo y honesto del dinero público; el rechazo de medios equívocos o ilícitos para conquistar, mantener o aumentar a cualquier costo el poder, son principios que tienen su base fundamental –así como su urgencia singular– en el valor trascendente de la persona y en las exigencias morales objetivas de funcionamiento de los estados. Cuando no se observan estos principios –advertía Juan Pablo II– se resiente el fundamento mismo de la convivencia política y toda la vida social se ve progresivamente comprometida, amenazada y abocada a su disolución”.

El pontificado de Juan Pablo II fue fecundo también en la afirmación de principios bioéticos que reconocen un prolongado magisterio de sus predecesores y de su sucesor Benedicto XVI, y cuyos fundamentos se encuentran en la propia Escritura que comparten judíos y cristianos. Entre ellos figura la defensa irrestricta del principio según el cual configura siempre un acto ilícito provocar la muerte, de modo directo, de un ser humano inocente. Este precepto no es sólo de carácter religioso (5° mandamiento recibido por Moisés en el Monte Sinaí) sino que deriva de la ley natural que puede ser conocida y debe ser observada por todos los hombres de buena voluntad. El principio de la sacralidad de la vida inocente ampara, especialmente, a quienes se encuentran transitando las etapas más frágiles de la existencia humana: antes del nacimiento y cuando se vislumbra la inexorable llegada de la muerte natural. Sobre estas graves cuestiones hay dos documentos esenciales que sintetizan los principios bioéticos de mayor gravitación para nuestro tiempo: la Instrucción *Donum vitae* del entonces Prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe, Cardenal Joseph Ratzinger, quien asumió después el pontificado como Benedicto XVI, y la Encíclica *Evangelium vitae* de Juan Pablo II.

II. El Papa Francisco

Hemos efectuado la recapitulación que antecede para mostrar, en forma por demás sintética, cómo los principios de ética familiar, social, política y económica definidos por el pontificado a lo largo del tiempo no son principios nuevos, porque tienen dos mil años, a los que debemos sumar los que corresponden a las raíces judías del Cristianismo. Lo que han hecho los Papas a lo largo de los siglos, y sobre todo a partir de León XIII, es extraer nuevas consecuencias de esos principios morales con el objeto de examinar desde perspectivas éticas las situaciones y desafíos que plantean las cuestiones sociales, familiares, políticas y económicas ante el impresionante desarrollo científico y tecnológico, la creciente conciencia que tienen los seres humanos de su propia dignidad, la interdependencia entre todos los hombres como consecuencia de la globalización y, en cierto modo, del empequeñecimiento del planeta por la expansión de los medios de transporte y de comunicación.

Francisco, al asumir el Pontificado, recibió sin beneficio de inventario esa masa doctrinal a la que había guardado indiscutible fidelidad a lo largo de las diversas funciones que había desempeñado en la Iglesia hasta culminar como Arzobispo de Buenos Aires. Son breves pero representativas de esta posición las palabras que pronunció en la homilía de la Misa de Ramos, el domingo 25 de marzo ppdo.: “Queridos amigos, –dijo el Papa– también yo me pongo en camino con ustedes, *sobre las huellas del beato Juan Pablo II y Benedicto XVI*” . La opción no podría ser más clara porque Juan Pablo II hizo en sucesivas encíclicas y documentos diversos una verdadera recapitulación de la Doctrina Social de la Iglesia, abarcando prácticamente todos los temas desarrollados por sus antecesores. En cuanto a Benedicto XVI, fue tal vez el colaborador más valioso de Juan Pablo II en ese notable trabajo intelectual y apostólico, y después, durante los ocho años de su pontificado, fue un continuador de la ruta trazada por su predecesor. La línea del magisterio de Francisco quedó, por tanto, claramente expuesta al anunciar en la Misa de Ramos que iniciará su camino

sobre las huellas de sus dos predecesores. Podrá profundizar ese magisterio o extraer nuevas consecuencias a la luz del siempre cambiante panorama contemporáneo, pero –contra lo que algunos suponen, sobre todo en materia de bioética– no va a alterar una letra de ningún principio moral.

El impacto que ha causado el nuevo Papa al ser presentado ante la multitud reunida en la plaza y la adhesión que ha suscitado en los cinco continentes, tanto por parte de los pueblos como de sus gobernantes, no hay que buscarla en la imposible abolición de principios morales o religiosos. Pienso que lo que ha impresionado al mundo son las actitudes, los gestos y los signos que exteriorizó desde el instante mismo en que se le asignó la pesada carga del Pontificado, cuando advirtió a los cardenales electores que aceptaba a pesar de reconocer, con humildad ejemplar, que era un pecador. Seguidamente se asomó al balcón con una simple sotana blanca y la cruz pectoral que usó como titular de la diócesis de Buenos Aires, y dirigiéndose a la multitud reunida en la plaza de San Pedro la saludó con un cálido “¡buenas noches!”, pidió que todos oraran por su predecesor Benedicto XVI, y solicitó, antes de impartir su primera bendición, que previamente el pueblo rezara para que Dios bendiga al nuevo Obispo de Roma, a quien el cónclave fue a buscar al fin del mundo. Finalizó esa breve aparición, cargada de sencillez y desprovista de toda pompa, con un “¡Buenas noches y buen descanso!”

Con palabras simples, el sucesor de San Pedro n° 266 inició un diálogo con la gente que prosiguió y se amplió en los días siguientes, acompañado de actitudes como detener el jeep en el que se desplazaba para bajar e impartir una bendición especial a un parapléjico o para besar bebés que las madres, de una u otra forma, conseguían que llegaran hasta los brazos del Papa.

La humildad y austeridad que mostró Francisco desde el comienzo, así como el lugar que reconoce en la Iglesia, por derecho propio, a los más desposeídos e indigentes, a los que tienen hambre o sed, los pobres de toda pobreza, los enfermos, los presos, los más pequeños, los más despreciados. Su cuidado y evangelización

han sido el timbre de honor de los seguidores de Jesucristo, quien, en el Evangelio de San Mateo nos advierte que el último juicio no versará sobre las empresas más o menos importantes que hayamos emprendido sino sobre nuestras acciones y omisiones frente a los requerimientos de los más pobres y necesitados. Quienes conocen al Papa saben que esa ha sido siempre su norma de vida. En su arquidiócesis dedicó especial atención a la población de las villas asentadas en su territorio, encomendando a treinta sacerdotes la misión de atenderlas y evangelizarlas, sin perjuicio de su presencia constante entre los villeros, y sin necesidad de recurrir a ningún extremismo ideológico y menos todavía a trasnochadas ideas de violencia. Además, cuando procura despojar al pontificado de pompas y costumbres que pudieron ser adecuadas en épocas pretéritas, pero que hoy cargan con una cuota de anacronismo, está observando rigurosamente el voto de pobreza al que siempre se sujetó como jesuita, incluso cuando fue obispo auxiliar y aun arzobispo, declinando comodidades legítimas de transporte y vivienda para ajustarse a un estilo de vida austero y pobre, casi monacal. Además, el nombre del santo de Asís que adoptó para su pontificado, inédito en la historia de los Papas, es otro signo de la relevancia que acuerda a la pobreza evangélica.

El estilo llano y directo de Francisco fue parte de esa “revolución de austeridad y humildad” que estalló a partir de su elección. El periodismo ha informado que, al día siguiente, declinó el uso de la limusina papal para desplazarse hasta Santa María la Mayor en un ómnibus con los demás cardenales, concurrió personalmente a pagar el albergue en el que se había alojado, prescindió del trono papal al saludar luego de electo a los cardenales y los instó a vivir de modo irreprochable.

En la misa que celebró el 15 de marzo ante más de 150 cardenales a quienes llamó nuevamente “hermanos”, evocó “con gran afecto y profunda gratitud” a su predecesor Benedicto XVI. Los exhortó a no dejarse vencer por el pesimismo, “por esa amargura que el diablo nos ofrece cada día”, y agregó: “Queridos Hermanos ¡ánimo! La mitad de nosotros tenemos una edad avanzada: la vejez es –me gusta decirlo así– la sede de la sabiduría de la vida.

Los viejos tienen la sabiduría de haber avanzado en la vida, como el anciano Simeón o la anciana Ana en el templo. Y justamente esa sabiduría les ha hecho reconocer a Jesús. Ofrezcamos esta sabiduría a los jóvenes como el vino bueno, que mejora con los años...”

El 16 de marzo, ante 6.000 periodistas de 81 países, en un estilo siempre llano les explicó los motivos que tuvo para adoptar su nombre. “Para mí –dijo– Francisco es el hombre de la paz. Y así, me salió el nombre en mi corazón: Francisco de Asís. Para mí es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación...” Agregó más adelante que la Iglesia no es de naturaleza política, sino esencialmente espiritual: “Es” –afirmó– “el pueblo de Dios”. Señaló, asimismo, a los asistentes que el periodismo “implica una atención especial respecto de la verdad, la bondad y la belleza, y esto nos hace particularmente cercanos, porque la Iglesia existe precisamente para comunicar esto: la verdad, la bondad y la belleza en persona”. Añadió que “debería quedar muy claro que todos estamos llamados no a mostrarnos a nosotros mismos, sino a comunicar esta tríada existencial que conforman la verdad, la bondad, la belleza”. Al terminar, les dijo: “Muchos de ustedes no pertenecen a la Iglesia Católica, otros no son creyentes. De corazón, doy la bendición en silencio a cada uno de ustedes, respetando la conciencia de cada uno, pero sabiendo que cada uno de ustedes es hijo de Dios. Que Dios los bendiga”.

El 17 de marzo, al rezar ante 150.000 personas el “Angelus”, expresó que sentir misericordia es lo mejor que le puede pasar al ser humano: “Un poco de misericordia hace el mundo menos frío y más justo. Necesitamos entender bien esta misericordia de Dios, este Padre misericordioso que tiene tanta paciencia”. Más adelante elevó el tono de su exhortación diciendo: “Hermanos y hermanas, el rostro de Dios es el de un padre misericordioso, que siempre tiene paciencia. ¿Pensaron ustedes en la paciencia de Dios, la paciencia que tiene con cada uno de nosotros? Esa es su misericordia. Siempre tiene paciencia, paciencia con nosotros, nos comprende, nos espera, no se cansa de perdonarnos si sabemos volver con él con el corazón contrito”. Remarcó su mensaje diciendo: “No olvidemos nunca esta palabra: Dios nunca se cansa de

perdonarnos, ¡nunca!”. Y “¿cuál es el problema? El problema es que nosotros nos cansamos, nosotros no queremos, nos cansamos de pedir perdón. Él nunca se cansa de perdonar, pero nosotros, a veces, nos cansamos de pedir perdón”.

Del mismo tenor es el mensaje que transmitió en directo a los miles de congregados en la Catedral de Buenos Aires y en la Plaza de Mayo, en la madrugada del 19 de marzo, antes de la misa de asunción del pontificado. “Les quiero pedir un favor” –dijo el Papa– “caminemos todos juntos, cuidémonos unos a los otros, cuídense entre ustedes, no se hagan daño; ¡cuídense! Cuiden la vida, cuiden la familia, cuiden la naturaleza, cuiden los niños, cuiden a los viejos. Que no haya odio, que no haya peleas. Dejen de lado la envidia y no le saquen el cuero a nadie; dialoguen, vayan creciendo en el corazón y acérquense a Dios”.

El mismo 19 de marzo, ante un auditorio de 200.000 personas y líderes de 132 países, lanzó al mundo convulsionado por diversas guerras locales y peligros de escalada en la confrontación, un mensaje de paz y concordia. A los gobernantes presentes en la celebración les recordó que “el odio, la envidia y la soberbia ensucian la vida”.

No fue menos importante lo que expresó sobre el modo de ejercer el poder, sea temporal o espiritual, indistintamente. Con firmeza, Francisco efectuó la siguiente recomendación, válida sobre todo para quienes ejercen funciones de gobierno. “Nunca olvidemos –dijo– que *el verdadero poder es servicio*, y que también el Papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio. Debe poner sus ojos en el servicio humilde y abrir los brazos para custodiar al pueblo de Dios y recibir con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, los más débiles, los más pequeños”.

No parece razonable –decía Monseñor Aguer en un reciente reportaje– que pretendamos, como algunos periodistas lo han intentado, escribir hacia el futuro la agenda del Papa. No obstante, pensamos que entre sus opciones fundamentales, que podemos imaginar a partir de sus palabras liminares, figura la consolidación

de la paz en un mundo que viene soportando terribles y encarnizadas guerras tribales en África, una sangrienta guerra interna en Siria, enfrentamientos todavía no superados en Tierra Santa, violencia endémica en Colombia, amenazas nucleares en Corea del Norte y muchos otros conflictos internos y externos que al finalizar las contiendas dejan una estela de resentimientos, odios, y sed de revanchas, sentimientos malsanos que los estadistas deberían empeñarse en extirpar.

Pienso que la orientación inicial impresa por Francisco a su pontificado es acorde con ese anhelo de paz y fraternidad que muchos comparten pero que resulta tan difícil lograr que prevalezcan en pueblos y gobiernos. Quiera Dios que la prédica de Francisco promueva una revolución en las mentes y en los corazones para que ese impulso no se extinga y continúe desplegando su fuerza espiritual no sólo entre los feligreses de la Iglesia y de otras confesiones religiosas, porque la paz es un objetivo que deberían perseguir todos los hombres de buena voluntad.

Quizá las primeras líneas de la célebre oración de su patrono, San Francisco de Asís, indiquen la orientación que el nuevo Papa adoptará en su pontificado:

Señor: haced de mí un instrumento de paz.

Donde hay odio, ponga yo amor.

Donde hay ofensa, ponga yo perdón.

Donde hay discordia, ponga unión.

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS

presentados por los señores académicos:

Académico Leonardo Mc Lean

Adhiero a las palabras de los doctores Kovadloff y Rodríguez Varela. Considero que esto ha sido como una caricia que Dios le ha querido dar a nuestra tan vapuleada Patria, y que ha motivado nuestra autoestima. Coincido con lo que se ha dicho referente a la actuación del Papa Francisco en estos momentos, en que no es algo distinto o improvisado, sino que es coherente con todo el accionar de su vida que demostró en nuestro país.

Académico Adalberto Rodríguez Giavarini

Dos exposiciones que agradezco realmente y fundamentan la esperanza que se puede tener aún en Argentina, al existir ámbitos donde se pueda hablar de esta forma. Hay otros, sin duda, pero diría que en esta Academia, que es la catedral en la cual se tienen que hablar los temas morales y políticos, se alcance este nivel y se propenda a este diálogo esclarecido, es realmente esperanzador.

Esta breve intervención la hago explicitando una clara limitación, la efectúo desde una clave argentina y de creyente con lo cual está acotada por esas dos pertenencias.

La Iglesia, a la cual pertenezco, sabemos que está formada por hombres y mujeres, por lo tanto de luces y sombras. Enfatizaría las luces; las sombras son muy conocidas y se encargan permanentemente de recordárnoslas y bien que lo hacen porque nosotros tendríamos que ser hijos de la luz. Pero en términos de clave argentina y de política internacional diría que hay signos evidentes que obligan a una lectura también de orden terrestre y político.

Consideraría que se ha producido un cambio de paradigma y existen nuevas categorías que han comenzado a afectarla en el mismo momento de la elección de Bergoglio y de su opción por ser Francisco, tanto en lo referente a la política nacional así como a la internacional.

En la internacional solo basta leer con detenimiento el mensaje del presidente Obama y la presencia del vicepresidente Biden en la asunción del Papa Francisco. Y esto tiene que ver con el desafío de la recreación de un occidente pujante y no declinista, como decía fundadamente el Dr. Kovadloff.

En términos de conceptos, marcaría tres, que a nuestro país (y también al mundo) afectan directamente. De autorreferencial, la política en la Argentina ha devenido excéntrica, ya que el argentino más importante, el hombre público más significativo de la Argentina, no reside más en suelo nacional. El segundo punto es el tema de los valores y quiero marcar que la soberbia, tanto en el plano personal como en el plano del poder de las potencias, es invitada a transformarse en humildad militante y humildad como poder. Es decir, la humildad puede.

Por último, el concepto del diálogo –pensamos enseguida en Argentina pero también vemos monólogos en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas–, a una opción por el diálogo. Y

acá refiero a un hombre que no sólo ha hecho del diálogo interreligioso algo muy significativo en su vida y en la de muchos de nosotros –y no pienso sólo en el diálogo con el judaísmo que ya es parte constitutiva y doctrinal del catolicismo, sino en particular el diálogo con el Islam–. Arriesgaría que no ha podido estar ausente en esta opción que el Papa hizo por su nombre, el hecho que el primero que habló personalmente con el Gran Sultán, en la historia de la Iglesia, fue San Francisco, y que la custodia del Santo Sepulcro la tienen aquellos Monjes de la Cuerda (franciscanos), que admitió el Gran Sultán que estuvieran en Tierra Santa porque le recordaban a Francisco que fue a hablar en términos de que el cristianismo era paz y no era guerra como lo habían vivido en el Islam durante todas las cruzadas.

El otro tema mencionado, aparte de los cambios de política autorreferencial a política excéntrica, de soberbia a humildad, de monólogo a diálogo, es de esta concepción –y filosóficamente casi no me atrevo a hacer este comentario–, es el concepto de la deconstrucción hoy tan en boga y que consiste, en última instancia y en términos políticos, en finiquitar la llamada “república burguesa”, a las categorías de “progreso gradual” que caracterizan al nuevo Papa, y el de la “nueva construcción,” que él personalmente ha ejercido.

En términos de agenda me parece que hay cosas que podemos razonablemente esperar porque son las que han guiado la acción de este pastor y él las ha señalado en sus documentos. Así, a la señora Presidenta Cristina Fernández le entregó el documento de Aparecida, según le dijo el Santo Padre, “para que se ponga en onda a ver qué estamos pensando en la Iglesia”. Quien haya ya leído o pueda acercarse al documento de Aparecida verá muy claro el motivo por el cual la Iglesia eligió a un hombre que viene del fin del mundo y que fue uno de los principales redactores de ese documento. Él es la agenda y el programa, claramente expresado. El otro programa, que lo hereda sin duda de los pontificados de

Benedicto XVI y de Juan Pablo II, es *Caritas in Veritate*, especialmente en lo referente a política internacional en lo que hace a la gobernanza mundial y también respecto de la concepción económica de la Iglesia para el mundo de hoy.

Creo que es posible sostener que lo brillantemente expresado por parte de los colegas intervinientes marca un nuevo tiempo. Sólo mencioné algunos elementos en esta no meditada intervención, pero creo que se utilizó la expresión “bomba de tiempo” y considero que esa bomba de profundidad y de tiempo es una bomba beneficiosa, es una bomba de buena onda que traerá mucho bien a la Argentina.

Durante más de seis años de gestión pública tuve el gusto y el honor de dialogar personal e institucionalmente con el Primado de la Argentina y Presidente de la Conferencia Episcopal; por ello me atrevo a afirmar que vino para producir un cambio, y creo con convencimiento que ese cambio estará en la línea de lo que marcaron quienes me precedieron en el uso de la palabra y tan bien ilustraron esta sesión académica.

Académico Enrique Molina Pico

Felicito a los académicos expositores por las dos grandes visiones relacionadas con la asunción del Papado por S.S. Francisco, una de ellas la del Académico Kovadloff, con una orientación filosófica, mientras que la del Académico Rodríguez Varela lo hace desde una visión del Magisterio de la Iglesia.

No voy a hablar por lo pronto desde el plano de la fe sino del plano de la acción llana. Quería traducir, relacionar, los desafíos que deberá afrontar el Papa Francisco, expresados desde el punto de vista filosófico por el académico Kovadloff con la visión que presentó el académico Rodríguez Varela, pues la conjunción de ambos asegurará el éxito del Pontificado.

¿Cuáles son las principales temas que, a mi modo de ver, extraigo de las palabras del académico Kovadloff?

El primero es que Occidente debe interrogarse sobre su porvenir, si es que tiene un porvenir. En ese análisis surge como realidad, y condicionante, el segundo desafío: el papel europeo en la Iglesia ante el mundo está en desaparición, por lo cual tiene que generar una serie de categorías renovadoras que conjuguen tradición y vanguardia. Es allí donde creo que el difícil equilibrio de la acción del Papa va a tener que ponerse en juego, pues como lo expresó el académico Rodríguez Varela, en función de la doctrina de la Iglesia (ya no hablo de la doctrina social, sino del Magisterio en general) su acción no es política ni social, sino que es religiosa, pero a través de esa religiosidad tiene obligatoriamente que volcarse hacia lo moral y terminar en lo político.

Creo que fueron cinco las categorías que enunció el académico Rodríguez Varela, de las cuales yo rescato más que nada la palabra “trascendencia del hombre” que marca en sí misma una cantidad de valores para tomar un camino u otro en el futuro. Evidentemente creo que por ahí pasan los grandes desafíos que va a tener el Papa Francisco en la elección de sus colaboradores y de su futuro camino.

Académico Hugo Obiglio

Me asocio a las felicitaciones a los oradores académicos Kovadloff y Rodríguez Varela, quienes han llevado adelante comentarios interesantísimos sobre este tema. Quisiera hacer dos observaciones. La primera con respecto a que el Cardenal Bergoglio entra a la Congregación General con un programa que se conoce en principio, con autorización de él, y a *posteriori* por la declaración del Cardenal cubano Ortega a quien le impresionó el diálogo man-

tenido en esa Congregación General. Su interés le llevó a pedirle que le alcanzara el texto de la exposición que, entiendo, fue brevísima. El Cardenal Bergoglio le comentó que no contaba con un texto pero que no tenía inconveniente esa noche en escribir unas líneas, cuyo espíritu ratifica lo que acaban de comentar tanto los académicos Rodríguez Giavarini como Rosendo Fraga. En segundo lugar quiero decir que el tema de la desacralización, hablando de la espiritualidad de Europa, se viene arrastrando desde hace ya muchos años, digamos casi una centuria y, tal es así que, con motivo del quinto centenario del descubrimiento de América, cuando se habló del “quinto centenario de la evangelización de América” S.S Juan Pablo II dijo (...) “y hablemos además de la reevangelización de Europa”. Es decir que enmarcó claramente ese déficit que ustedes tan agudamente han expuesto en este momento y que representa un desafío más para el Papa Francisco.

Académico Manuel Solanet

Tuve la suerte de haber tomado la decisión de hacer la Semana Santa en Roma. Fui con mi mujer a participar como un asistente más a todas las ceremonias dirigidas por el Papa Francisco. Pudimos ver *in situ* su actitud, su mensaje, su presencia y su carisma. Les aseguro que es un fenómeno notable. Estuve en la Plaza de San Pedro con personas de muy diversas nacionalidades y en todos los casos la llegada del mensaje fue notable y muy similar. Lo sintetizaría en un mensaje de paz, de amor al prójimo, dejando de lado toda confrontación y buscando, a través del diálogo, escuchar. El mensaje de la pobreza llegó, pero ha llegado bien. Ha habido una evolución en el concepto de la opción preferencial por los pobres. Con el correr de estos últimos años, desde Medellín, pasando por Puebla, por Aparecida y por las homilías y las comunicaciones que hemos recibido no sólo del Papa Francisco

cuando era arzobispo, sino después de haber sido elegido Papa, ha quedado claro que el concepto de opción ha evolucionado y ha sido reemplazado claramente por el concepto de dedicación y preferencia. En el documento de Aparecida, en el párrafo 36 (lo recuerdo bien porque me impactó) hay una referencia a los efectos no deseados que tuvieron los documentos de las reuniones anteriores, en cuanto a generar de alguna manera violencia. Cuando uno tiene que optar entre unos y otros se entra en un terreno de confrontación donde los unos tienen que sobreponerse, superar y vencer a los otros. No fue ajeno a ese mensaje mal entendido, la evolución de la teoría de la liberación y las situaciones que tuvimos en nuestros países décadas atrás. A Bergoglio le tocó conducir la Compañía de Jesús justamente en esas épocas calientes y, revisando sus declaraciones y su biografía, queda claro de que él hizo lo posible por evitar los desvíos. Se opuso a ellos, no obstante protegió a quienes fueron luego reprimidos y perseguidos por esos desvíos. Lo hizo por una razón humanitaria y a muchos de ellos les permitió salvar la vida o salir del país. Pero esto no invalida la firmeza de su posición respecto de aquellas desviaciones y no han sido casuales los ataques que ha tenido, que culminaron en un *dossier* presentado al Cónclave para evitar su elección como Papa. Pero está claro, a través de los mensajes y de su presencia física, que es un Papa que está en las antípodas de la confrontación. Acá hago un puente sobre la problemática de nuestro país y de nuestra sociedad, que ha sido sometida a un discurso confrontativo en estos últimos años. Creo, como muchos, que estamos caminando hacia una crisis de carácter financiero, económico, social y político. Esta ha sido la experiencia argentina. Una experiencia que, gracias a Dios, en las últimas dos crisis de este tipo se resolvieron pacíficamente. Dios quiera que el mensaje que recibimos del Papa Francisco penetre, sobre todo, en nuestros gobernantes, quienes son responsables de haber hecho este planteo de confrontación. Que también sea escuchado por los grupos organizados que vemos diariamente en las calles y que, ante cualquier circunstancia

adversa al gobierno, elaboran un diagnóstico de conspiración, de enemigos. El discurso amigo-enemigo tiene que ser sustituido por un discurso de comprensión, donde se reconozcan las culpas, se intente el diálogo, se busque la verdad y no se escape de ella a los efectos de sostener el poder, alegando la presencia de enemigos ante cada problema que se encare. Creo que esta es la gran contribución que puede hacer Francisco en nuestro futuro y Dios quiera que sea así. Que su mensaje llegue profundamente y que la Argentina reviva ese concepto de amor al prójimo, de entendimiento, de comprensión.